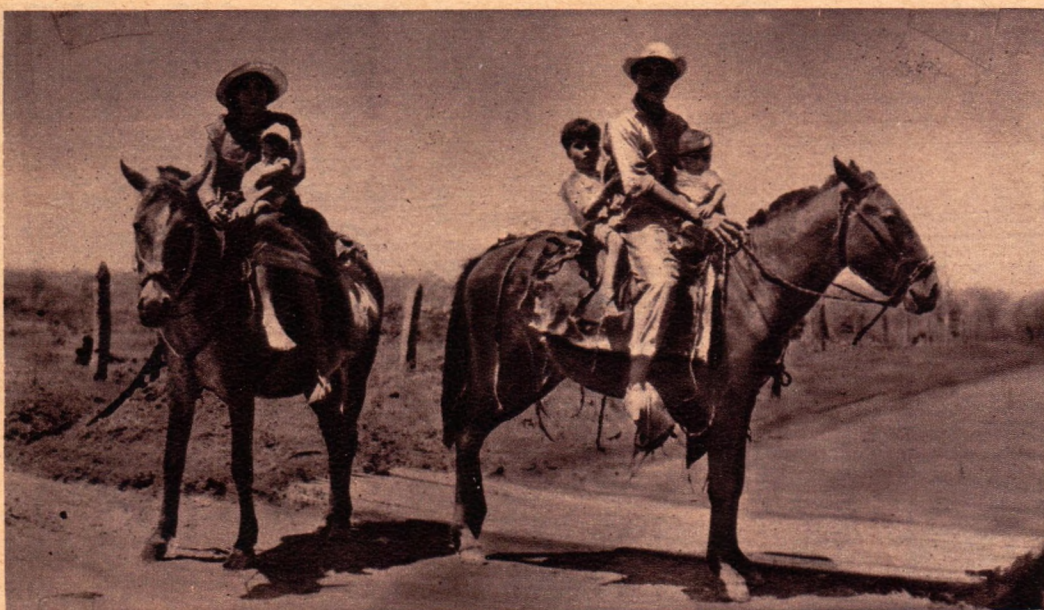


EL EXODO RURAL

SOCIOLOGIA DE LAS MIGRACIONES INTERNAS



Una taruma del campo costarricense se dirige a caballo hacia el mercado del pueblo. (Foto Junta Nacional de Turismo, Costa Rica).



Melancólica visión del altiplano boliviano. Los borricos parten hacia los ayllus cargados con productos manufacturados a cambio de los cereales y tubérculos —patatas y quinuas— que se envían al poblado. (Foto Trelles).

ENJUICIAMIENTO DEL EXODO RURAL. — En la serie de artículos anteriores nos hemos referido a los mecanismos del éxodo rural. El abandono del campo es un hecho demográfico y como tal tiene sus causas económicas, sociales y culturales. Pero en el momento de juzgarlo aparecen entonces las opiniones adversas y las favorables. Para algunos economistas y sociólogos, que contemplan el fenómeno desde el punto de vista del despoblamiento del agro y la creciente urbanización del mundo, el éxodo rural es una catástrofe, una hemorragia que desangra las reservas rurales de los países de Occidente. Para los que se colocan en el lugar del pobre y expoliado campesino y advierten que la fuga hacia la ciudad es una liberación, el éxodo rural configura un beneficio. Ambas posiciones tienen decididos defensores y esgrimen distintos tipos de argumentos. Los enemigos del éxodo rural dicen que las consecuencias del mismo provocan la declinación económica de zonas anteriormente prósperas, desequilibrios demográficos entre campos despoblados y ciudades plétóricas, proleta-

rización de los emigrantes, alteraciones de la opinión pública y aun de la estabilidad política de los países por la irrupción de elementos que injertan una mentalidad conservadora en las clases obreras, desajustes y conflictos sociales, competencia ruinosa para los trabajadores especializados, abatimiento de los salarios, etc. Pero, como pregunta Federico Heller, ¿qué sucedería si no existiese la perspectiva de poder mejorar las condiciones personales y familiares, cambiando de una esfera a otra? Si no se contara con el proceso de la transferencia demográfica del campo a la ciudad las posibilidades de elevación del nivel de vida de la gente rural, responde el propio Heller, serían muy remotas, pues no habría una solicitud competitiva de mano de obra entre las industrias urbanas y las empresas agrícolas. Si esa competencia no se produjera no se elevarían los salarios rurales ni cambiarían las tradicionales penurias del trabajo campesino. Y de todo esto resultaría un estancamiento general, un nivel social muy bajo y un poder adquisitivo deleznable. El subconsumo emergente estaría

asociado, a su vez, en los países de población rural numerosa, con un comercio interno languideciente. Se produciría así una desproporción entre la capacidad de absorción del mercado interno y las necesidades immanentes al propio sistema económico de producir y vender cada vez más. Y, a la postre, la economía nacional dependería, en una peligrosa escala progresiva, de los mercados foráneos. (O éxodo de campo como factor de desenvolvimiento; Sociología, V, 1, 1943) La tesis de Pierre Fromont. Entre los tratadistas europeos el planteo del problema del éxodo rural evolucionó desde la censura a la aprobación del mismo. El inglés Graham (The rural exodus, 1892) y el belga Vandervelde (L'éxodo rural et le retour aux champs, 1910) abogaron por el (imposible) regreso de los ex campesinos a sus solares nativos pero, luego de este sarampión rousseauniano, los economistas adoptaron un criterio más a tono con la sociedad industrial y centralizada del siglo XX.

El análisis más agudo y revolucionario que se ha efectuado del éxodo rural, a nuestro entender, pertenece a Pierre Fromont (Demographie économique, París 1947). Como lo consideramos de particular interés para los lectores de EL DIA ofreceremos un desarrollo detallado del mismo, siguiendo de modo casi literal el pensamiento del autor.

Fromont intenta estructurar una teoría general del éxodo rural fundándola en la ley de la población agrícola decreciente. Para ajustar esta teoría a la realidad económica nacional se debe sustituir la agricultura por la ganadería y entonces el razonamiento de Fromont será, como veremos, parcialmente válido.

No puede incluirse nuestra ganadería en el rubro agrícola, como se hace en otros países, pues la casi inexistencia de praderas artificiales, muy pequeñas en relación con las naturales, sustraen la pecuaria uruguaya al común denominador de la agricultura.

Para Fromont hay éxodo rural solamente cuando los campesinos que desempeñan efectivas labores ya como braceros, ya como arrendatarios, ya como pequeños propietarios, abandonan el campo y buscan nuevas perspectivas laborales en la ciudad.

La persistencia del éxodo rural a lo largo de los siglos y su desencadenamiento en estos dos últimos hace pensar que no es en la mente humana donde reside, como un instinto migratorio, este polistropismo sociocultural. Ni son tampoco la inconsecuencia ni la deslealtad de los campesinos para con su existencia solariega las responsables de la fuga hacia las ciudades. Hay razones generales y universales que explican el fenómeno y ya que se trata de cam-

pesinos es hacia el mundo agrario donde hay que dirigir la atención inquisitiva.

La agricultura, dice Fromont, es una producción que se distingue de las otras por los medios que emplea (utiliza más los agentes biológicos que los mecánicos y químicos) y por los fines que persigue (satisfacción de las necesidades alimenticias del hombre). Las materias primas que abastecen las industrias del vestido, de los combustibles, de la construcción, del adorno, en cambio, poco deben a la agricultura y mucho a los procesos transformativos del sector secundario.

Tanto la agricultura como las industrias existen en función de las necesidades humanas. Estas necesidades son saciables en su totalidad pero de acuerdo con la forma de serlo se dividen en elásticas e inelásticas.

Las necesidades inelásticas son aquellas en las cuales la saciedad adviene prontamente y las elásticas aquellas en las cuales la saciedad tarda en producirse. La elasticidad de las necesidades, a su vez, crece en función de su inmaterialidad. De ello resulta que en toda sociedad la cantidad de productos agrícolas que se requieren para su subsistencia es limitada. La riqueza de ciertos hombres, por desmesurada que sea, no puede dilatar la capacidad estomacal de sus poseedores.

Establecido este planteamiento, casi con caracteres de ley económico-social, Fromont dice que la realidad puede ofrecer la siguiente alternativa:

1º) Si la población agrícola registra un equilibrio perfecto, con una mortalidad equivalente a su natalidad, ese número constante de productores enviará al mercado la cantidad constante de alimentos exigida por el mismo. No se opera, por lo tanto, ninguna transferencia demográfica.

2º) Si la población agrícola revela más nacimientos que muertes (y la población geoméricamente progresiva del planeta revela que tal hipótesis es la cierta) el suplemento de trabajadores emergente también obtendrá un suplemento de productos agrícolas destinado a su propio consumo. Este sobrante anual será beneficioso para la población campesina, la cual se multiplicará en su propio habitat. Pero tal rigidez esquemática supone que cada agricultor produzca únicamente lo que es menester para el mantenimiento de su propia persona y su familia anulando así la aparición de todo excedente, ya como producto neto, ya como plusvalía. La realidad enseña otra cosa, pues desde las épocas prehistóricas el hombre se ha revelado como una criatura capaz de satisfacer ciertas necesidades de naturaleza artística. Esa actividad, extra-venatoria en el paleolítico y extra-agrícola en el neolítico, atestigua que, a veces el hombre obtenía en una jornada de trabajo más de lo que su consumo exigía y que desde ese entonces se manifiesta un excedente de trabajo productor.

Si se reintroduce en el razonamiento este dato histórico de un producto constantemente en aumento, dice Fromont, se advierte que, cualquiera sea la hipótesis demográfica considerada, resulta a la postre un exceso de trabajadores agrícolas. Y si la natalidad prevalece sobre la mortalidad el exceso es aún más considerable.

En los dos casos posibles se obtendrá un suplemento de productos agrícolas que no podrán ser asimilados por el mercado y entonces un determinado número de productores estará constreñido a dejar un oficio que no le alcanza para vivir y dirigirse, para poder hacerlo, a las compensatorias industrias urbanas. Esto funciona muy bien en una sociedad de campesinos a la europea; ya demostramos en anteriores notas que en el Río de la Plata un campo sin campesinos, y un ruralismo sin ruralidad imponían otras modalidades laborales y culturales.

La industria, como lo veremos en análisis posteriores, puede acoger sin reservas a los desterrados del campo, pues no padece las mismas limitaciones que la agricultura.



Contrastes raciales y económicos del África contemporánea. En la ciudad de Johannesburg, Unión Sudafricana, los SLUMS de los negros de la parte alta enmarcan los lujosos rascacielos del barrio comercial blanco. (Foto Hatch).

Incapaz de producir para satisfacer directamente las exigencias fisiológicas del hombre la industria tiene el privilegio de colmar sus adjetivas necesidades de comodidad y de lujo, ambas particularmente elásticas según la terminología de Fromont. La demanda de estos productos no varía solamente con el número de individuos sino que se multiplica a medida que aumenta su poder adquisitivo. Si bien el rico no puede comer teóricamente más kilos de alimentos que el pobre (aunque en la práctica los coma en mayor cantidad y calidad) comprará en cambio con amplia liberalidad muebles, automóviles, aparatos de televisión, máquinas de filmar, cuadros, cerámicas, etc. Cuando una necesidad psíquica se satisface plenamente, la propaganda hace surgir otra, tan exigente como la colmada, que llena los mercados y los hogares con un nuevo producto industrial.

Es en este momento cuando el excedente natural de la población (el razonamiento sirve muy bien para Europa aunque en América Latina, como vimos, primero se produjo la urbanización y luego la industrialización) se dirige del campo a la ciudad: la sirena del éxodo rural ha comenzado a sonar. Y este éxodo se manifestará con intensidad creciente si se hace variar un factor hasta ahora supuesto constante: la técnica. Esta ha sido, desde los comienzos de la cultura, la aliada ergológica del homo faber: desde el útil ha evolucionado hasta la máquina y hoy estamos ante la etapa cibernética del automatismo. Los progresos de la técnica han permitido aumentar el rendimiento del trabajo industrial y la maquinaria agrícola, a su vez, enjuga y precipita — en una doble acción — el éxodo de los campos.

Resumiendo sus ideas Fromont expresa que la experiencia ofrece el espectáculo de poblaciones agrícolas en las cuales los nacimientos prevalecen sobre los decesos y que, por otro lado, mejoran constantemente sus métodos de producción, dos hechos que se alían para acrecentar el éxodo rural. De este modo la población agrícola crece menos rápidamente que la población urbana y representa en la población total una proporción decreciente. Fromont postula que puede hablarse por lo tanto de una población agrícola decreciente, aclarando que tal fenómeno ocurre en cifras relativas y no absolutas. Este decrecimiento relativo de la población agrícola constituye simplemente la traducción demográfica de un hecho de la cultura occidental. Sin embargo la realidad es más compleja: estas tendencias pueden ser contrariadas por otras y algunos factores foráneos pueden acelerarlas o retardarlas. Vale la pena, por lo tanto, fijar la atención en los matices.

LAS CONDICIONES DE APARICION DEL EXODO RURAL. — Para, ve se define plenamente el éxodo rural deben, según Fromont, cumplirse las siguientes condiciones:

1º) La industria ha de estar radicada en la ciudad. La historia de la civilización presenta a las industrias agrupadas y no dispersas como las explotaciones agrícolas. Sólo en un período, el que va del siglo IV al IX, las actividades artesanales de Europa permanecen reclusas en las pequeñas ciudades y el éxodo rural que dominara en las postrimerías del imperio romano — para estudiar este hecho nos permitimos señalar el capítulo X, Las sociedades agrícolas, en el tomo II de nuestra Sociología Rural — es reemplazado por la repoblación de los campos. Si en el porvenir se cumplen las planificaciones descentralizadoras de la actividad industrial la composición de la población rural se modificará pero en su esencia permanecerá invariable, pues los excedentes abandonarán los campos para trabajar en las fábricas cercanas.

2º) Para que el éxodo rural sobrevenga es menester que la agricultura produzca para satisfacer las necesidades inelásticas. Es lo que sucede en nuestros días. Pero no siempre fue así: durante muchos milenios (del neolítico al siglo XVIII) la tierra proporcionó a los hombres materiales de construcción — madera —, medios de transporte — caballos de tiro —, ciertos productos de lujo — caballos de carrera, perfumes, especias, animales de los cotos de caza —. Los mercados de tales productos eran susceptibles de ampliarse a medida que la población se enriquecía. Pero se cerraron en el siglo XIX, cuando la técnica moderna satisfizo las necesidades de un modo infinitamente más cómodo y menos costoso.

El acantonamiento de la agricultura en

el dominio alimenticio contribuyó a precipitar el éxodo rural en el siglo XIX. Pero no hay que olvidar "los carneros más temibles que los lobos" de La Nueva Atlántida de Bacon, ni las migraciones internas del área rioplatense, donde las vacas y ovejas de los latifundistas no dejan lugar para la familia del peón pecuario.

3º) El éxodo rural supone que el país afectado por el mismo no exporta productos agrícolas. Si tal exportación se realizara en amplia escala no habría excedente de productos ni excedentes de productores que busquen nuevos oficios. Esta condición tampoco encaja en nuestra realidad pecuaria. Cuando exportábamos lanas y carnes de modo intenso el éxodo seguía desahogando imperturbablemente los campos ganaderos.

Inversamente, el éxodo rural se acelera si el país importa productos alimenticios. Las compras al exterior reducen los mercados para la agricultura nacional y el número de agricultores disminuye constantemente. La Inglaterra que en el siglo XIX tomó decididamente este camino presenta en la actualidad el porcentaje de población agrícola más reducido del mundo: un 7 %.

4º) El éxodo rural, como se indicó, está en parte alimentado por la mecanización de la agricultura que permite obtener una masa constante de productos con un número cada vez más reducido de productores. Pero hay variantes dignas de tener en cuenta.

Al comienzo del poblamiento (Peuplement) la abundancia de tierras hace que la productividad del trabajo sea elevada y permite que los rendimientos se multipliquen paralelamente a los nacimientos. Durante esta fase la producción de todo individuo sobrepasa su consumo y el éxodo rural se efectúa, aun en el caso de que la técnica sea tradicional y, por ende, estacionaria.

Pero, poco a poco, por el influjo de la densidad de población creciente, la proporción entre la tierra y el trabajo se convierte en menos favorable para el último. Entonces comienza la etapa de los rendimientos decrecientes; la producción de cada uno se reduce al nivel de su propio consumo; el éxodo rural cesa. Esto es teóricamente aceptable si la ciudad no llamara al campesino con su reclamo constante. Bien se sabe que el pull y el push actúan de modo simultáneo. Fromont no lo tiene suficientemente en cuenta y se apoya en razonamientos "químicamente puros", sin considerar los factores atractivos de origen urbano. Por ello, fiel a su esquema, dice que sólo el advenimiento de un progreso técnico capaz de neutralizar la acción de los rendimientos decrecientes puede hacer recomenzar el éxodo. Y con esta última consideración allana el esclarecimiento de una serie de hechos históricos:

a) Todo retroceso de la técnica y, de modo general, todo descenso del rendimiento del aparato productor, provoca un aumento en el número de agricultores. Las invasiones bárbaras del siglo IV, que arruinaron la economía del imperio romano, produjeron el único retorno a la tierra recordado por la historia económica y so-



La arrocería oriental, donde el maquinismo no penetra en virtud de la organización tradicional de la agricultura y la pequeñez de los predios. La aldea no se ve en la foto. (Atención del Gobierno del Japón).

cial de Occidente.

b) De manera inversa, los veloces progresos de la técnica agrícola en el siglo XIX en los países de Europa explica por qué, pese al desarrollo demográfico acelerado y a la emigración a las regiones ultramarinas, el éxodo rural se intensificó en gran escala.

c) Finalmente, la situación del agro del Extremo Oriente (China continental, por ejemplo), donde a pesar de la población rural muy densa no se produce ningún éxodo rural está caracterizada por una técnica estacionaria y una población creciente. La ausencia de todo progreso agrícola y la relación tierra-trabajo, particularmente desfavorable a este último, no proporcionan a cada individuo más que una imprescindible dieta de subsistencia. No aparece ningún excedente alimenticio y si se quisiera industrializar el país sólo se podría hacerlo con la ayuda extranjera — y la U.R.S.S. que ha comprendido dicha coyuntura, está cooperando en vasta escala — pues al retirar de los arrozales una fracción importante de sus trabajadores, el rendimiento por cabeza aumentaría pero el rendimiento global sufriría un descenso. Y de este modo los trabajadores transferidos a la industria tendrían que ser mantenidos mediante la importación de alimentos.

EFFECTOS DEL EXODO RURAL. — Hemos seguido detalladamente el planteo de Fromont y señalamos, de paso, sus puntos divergentes con la realidad uruguaya. Su razonamiento es válido para los "países viejos" de Europa y de Oriente. En América falla muchas veces. Nuestra urbanización, no nos cansamos de repetirlo, precedió a la industrialización. El propio Fromont apunta

que no fue ni por azar ni por capricho que en Europa Occidental los principios de la gran industria estuvieran antecidos por la revolución agrícola del siglo XVIII en Inglaterra y Francia y del siglo XIX en Alemania e Italia. Cuando la U.R.S.S. quiso industrializarse en 1928 tuvo que introducir paralelamente maquinaria agrícola en sus campos, pues sólo de esta manera contaría con los cientos de miles de campesinos necesarios para abastecer las futuras fábricas y talleres. Organizó, por lo tanto, el éxodo rural de manera metódica utilizando como émbolo la mecanización del trabajo agrícola.

El éxodo rural aparece, en definitiva, como el proceso que proporciona a la humanidad las posibilidades de industrializarse para satisfacer las nuevas necesidades. Pero si la óptica se desplaza del enfoque industrialista al social, ya que no al socialista en todos sus matices, se comprueba que el éxodo libera al trabajador rural de condiciones de subconsumo dañosas para su integridad como especie y para su dignidad como espíritu. Sólo cuando el gran lema cultural de que todos los hombres son iguales se cumpla en el seno de las comunidades humanas, tan heridas hoy por el estigma de la desigualdad económica y social, los campesinos y los obreros, los políticos y los intelectuales, los burócratas y los tecnócratas de todo el mundo comenzarán a disfrutar de una vida más justa, más generosa y feliz. ¿Pero, llegará en verdad ese tan deseado — y temido — momento?

Daniel D. VIDART

(Especial para EL DIA)



El escenario de la tesis de Fromont: un aspecto de la ósmosis entre campo y aldea en la región de Bretaña, Francia. (Foto G. de Miré).